

ZORRILLA DE SAN MARTÍN, JUAN (1855-1931)

POEMAS

ÍNDICE:

EL ÁNGEL DE LOS CHARRÚAS
IMPOSIBLE
ODIO Y AMOR
SIEMPRE VIVAS
TÚ y YO
VESTALES

EL ÁNGEL DE LOS CHARRÚAS

I

Era el ángel transparente
que el indio libre adoró;
rayo de un astro doliente,
el último, ¡ay! inocente
de una raza que murió.
Fría cruzaba la brisa
sobre un humeante chal,
oreando sangre, de prisa,
fría cruzaba la brisa
como la hoja de un puñal.

Llanto pidiendo a las hojas,
lamentos al Uruguay,
plañía tristes congojas,
llanto pidiendo a las hojas
del ombú y del ñandubay.

Por la llanura esparcidos
en sangrienta confusión,
están los bravos caídos,
por la llanura esparcidos

sin fuego en el corazón.

Las indiecitas huyendo
solas y sin patria van;
dejan sus toldos gimiendo,
las indiecitas huyendo
porque murió Zapicán.
¡Cayó una raza inocente!
¡Sin dar un paso hacia atrás
dobló la bronceada frente!
¡Cayó una raza inocente
para no alzarse jamás!

II

Oscura, como la sombra
de una conciencia maldita,
la noche los cuerpos muertos
con su crespón envolvía;
y palpitando en su seno
como un alma que, perdida,
llora buscando su forma,
y al llorar canta y suspira,
algo como una canción
de triste cadencia rítmica
casi al silencio y al llanto
y a la muerte parecida,
se dilataba vibrando
en aureolas de armonía.

.....

Las siluetas, de las lomas,
con iluminadas líneas,
poco a poco comenzaron
a dibujarse indecisas
sobre ellas, formando copos
de formas todas distintas,
se encendió un hermoso grupo
de plateadas nubecillas;
de entre ellas salieron rayos
perdidos entre ellas mismas,
los átomos encendidos
brillaron con luz tranquila,
y de entre todos, besando
a nubes, rayos y líneas,
serena se alzó la luna

con quieta melancolía,
acariciando a la tierra
con su luz diáfana y tibia.

Entonces, como engendada
por la luz que la envolvía,
sentada sobre una loma,
se vio la forma de una india:
intangible y transparente,
casi sin forma distinta,
era un ensueño de niño,
un jirón de luz con vida;
una alma, forma y substancia
de una niebla que palpita;
un espíritu sin nombre
formado por la unión íntima
de las furias del salvaje
y de la calma divina.

Era el ángel transparente
que el indio libre adoró;
rayo de un astro doliente,
el último ¡ay! inocente
de una raza que murió.

Con la frente sobre el pecho
y la mano en la mejilla,
modulada la canción
que entre las sombras latía;
transparentaba la luz
su tez pálida y cobriza;
del fondo de dos abismos
brotaba su ardiente vista;
tres plumas sobre su frente
el viento al pasar agita,
y un tipoy blanco en jirones
vela mal sus formas tímidas;
en su frente chispeaba
la noble altivez vencida;
de una esperanza en sus ojos
aun humeaban las cenizas,
que un fulgor vago y siniestro
prestaban a sus pupilas.

Era el ángel transparente
que el indio libre adoró,

rayo de un astro doliente,
el último ¡ay! inocente
de una raza que murió.

Era un misterio encarnado
entre las selvas indígenas,
por los amores del cielo
con una tierra bendita;
era un ser que condensaba
toda una raza extinguida:
las lágrimas de los niños,
los suspiros de las indias,
los ayes de los guerreros
que, combatiendo, caían;
los aullidos del combate,
las ramas que el viento agita,
el silbar de las saetas
y bolas arrojadizas;
el golpe de las macanas,
el bote de lanzas indias,
el chasquido de los lazos
que arrebatában las filas,
el caer de cuerpos muertos
y alzar de almas redimidas.

Era el ángel transparente
que el indio libre adoró,
rayo de un astro doliente,
el último ¡ay! inocente
de una raza que murió.

III

De la visión de la loma
la transparente armonía,
entre la luz que se apaga
por grados casi se infiltra;
se extienden y se dilatan
de sus contornos las líneas,
y en su lugar, en la loma,
una leve nubecilla,
quedó sólo iluminada
por las últimas caricias
del astro que adoró el indio
y que ahora sólo se iba

sin que un aullido charrúa
culto salvaje le rinda.
La última crencha de luz
absorbió a la nubecilla,
como a una niebla en verano
una ráfaga disipa,
se apagó la luz del mundo,
se ahogó la dulce armonía,
volvió la sombra a envolver
los muertos en la campiña.
Volvió el silencio a reinar
entre las selvas indígenas,
y, a lo lejos, en el río,
en los buques de la orilla,
se oyó el rodar de cadenas
de una maniobra marina.
¡Cadenas! ¡Pobres charrúas!
¡Ay de la raza vencida!

¡Cayó una raza inocente!
¡Sin dar un paso hacia atrás
dobló la bronceada frente!
¡Cayó una raza inocente
para no alzarse jamás!

IMPOSIBLE

Dejadme recordar; y en ese limbo
en que agitan sus alas los amores,
y suspiran insólitos rumores,
que el alma sabe traducir no más,
las palmas donde duermen los recuerdos
abaniquen mi frente soporosa,
que, al beso de su brisa mentirosa
en un seno de amor se dormiré.

¡Qué dulce realidad la del recuerdo,
vaga ilusión que a otra ilusión imita!
No entiendo el corazón cuando palpita,
mecido por su aliento celestial.
¡Y me habla tanto en su lenguaje mudo!
¿Cuándo lo entenderé? ... Cuando la vida,
en mundo de recuerdos convertida,
de mentiras engendre una verdad!

ODIO Y AMOR

El alma anhela amor: ley es del cielo;
y anhela aborrecer: ley de la tierra...
Odio y amor, indefinible anhelo,
que, del hombre infeliz, la historia encierra.
Infeliz yo no soy, mas que un desvelo,
una ilusión mi bienestar destierra.
¿Amaré a mi verdugo? Tengo miedo...
Odiar a mi ilusión... ¡Ah! no, no puedo!

Y ella acibara sin piedad mi vida;
es parte de mi ser que lo destroza;
gime el alma en sus brazos abatida
y sufre en el gozar: sufriendo goza.
No puedo amar esa ilusión mentida,
si la abandono, el corazón solloza;
ilusión: sufriré tu amor funesto;
más sabe que, al amarte, te detesto.

SIEMPREVIVAS

¡A las flores emblema de la muerte,
las llaman siemprevivas!...
¿O será porque el vaho de las tumbas
sus ya marchitas hojas no marchita?

Al no poder llorar, ríen los hombres,
y, al mirarlos pasar, causan envidia.
¡Siemprevivas! si el bien tiene su llanto,
también tiene el dolor su amarga risa.

TÚ Y YO

Perfume de una flor que, al desprenderse,
ni una hoja de sus pétalos lastima;
tibio efluvio de luna de verano
que en el disco plateado se destila;
calor de una mirada de ternura

que atraviesa inocente unas pupilas;
roce de un alma que, buscando otra alma,
en sí misma sin ruido se desliza:
ese es tu aliento
cuando suspiras.

Lágrima que oscilando sobre el alma,
se evapora al color del dolor mío;
rumor de oleaje que, en desierta orilla,
rueda mugiendo entre escarpados riscos;
ave que huye y, al volar llorando,
quiebra la rama en que dejó a sus hijos;
nota que, al desprenderse de una cuerda
deja al pobre laúd, temblando, herido:
eso, tan triste,
son mis suspiros.

VESTALES

Tomo tus flores secas; pienso y lloro...
Al reclinar en ellas mi cabeza,
¿por qué siento un almohada de pureza,
de frescura, de aroma, de ilusión?

Es que el recuerdo y el tranquilo llanto,
vestales que custodian los amores,
dan vida y dan perfumes a las flores
que la nieve del tiempo marchitó.